

DISCURSO PRONUCIADO POR
VIRGILIO BESO EN EL
CINE IDEAL DE ALAQUAS
EL DIA 3 DE AGOSTO DE 1.936

Por Virgilio Besó

NOTA ACLARATORIA

Hace cuarenta años, que pronuncié un discurso. Al evocarlo de nuevo es porque lo considero de actualidad, debido al momento histórico que estamos viviendo. Es posible que el discurso que trato de reproducir esté más depurado debido a la mayor madurez de mis ideas, pero en esencia es el mismo.

Aunque algunos han dicho que yo nací para la tribuna, la verdad es que he pronunciado muy pocos discursos en mi vida. No descarto la idea, de que si en nuestro país, no hubiese estado durante tantos años encadenada la libertad, posiblemente, yo hubiese llegado a ser un buen orador.

Considero este discurso, como el que mejor ha definido mi humanidad; y también los dos más grandes ideales de mi vida: el ideal de la justicia y el de la libertad.

REFLEXIONES A UN DISCURSO

Cuando aquella noche llegué al Cine Ideal, donde tenía que hablar, me quedé muy sorprendido al ver tanta gente en la calle. El motivo era que no habían podido entrar en el local, por encontrarse completamente lleno. Creo no equivocarme al pensar que la mayoría de aquel público, estaba ahí, más por curiosidad que no como una necesidad política o espiritual. Excepto muy pocos, los demás estaban convencidos de mi fracaso, pues yo, era desconocido como orador, y aquel era el primer discurso político que iba a pronunciar en mi vida.

Cuando ocupé la tribuna, se hizo un silencio imponente y todas las miradas estaban fijas en mí. Al ver aquella gran masa de público, no sé lo que pasó por mi alma. Entonces comprendí la gran responsabilidad que pesaba sobre mí. Creo que fue el momento más crítico de mi vida. De buena gana me hubiera ido a casa. Pero no podía retroceder, tenía que afrontar la situación con todas sus consecuencias. Y como siempre que me he encontrado en una situación difícil, vino en mi ayuda lo que no me ha abandonado nunca, la sinceridad. ¡Bendita sea la sinceridad!. Pronto recobré el dominio de mi mismo: que tanta falta me hacía.

Conciudadanas y conciudadanos. Por segunda vez, vengo a ponerme en contacto espiritual con vosotros. La primera, fue en circunstancias normales para daros cuenta de porqué presentaba la dimisión irrevocable del cargo que vuestra confianza me había otorgado, como comprenderéis no estoy aquí por mi propio gusto. Son las circunstancias tan anormales que estamos viviendo, quizás las más anormales que tengamos que vivir en el transcurso de nuestra vida.

Quisiera hablaros con una gran serenidad de espíritu, y dialogar con vosotros sobre temas de idealidad. Pero no puedo; eso sería traicionar el deber. Atentar contra la inmaculada verdad, con un verbo traicionero y cobarde. Mentir, eso no lo hago yo, pues si lo hiciera me sentiría deshonrado ante mi propia conciencia.

Seré sincero, verdadero, como lo pide esta hora de tragedia, de angustia y dolor que estamos viviendo; y de la cual quiero hablaros.

No puedo ocultaros la verdad. La situación es grave; y si los hombres más responsables no encuentran pronto una solución al problema de la guerra, las consecuencias son imprevisibles.

Aunque estamos en guerra, y no se respira más que atmósfera de guerra, yo tengo que decir que soy enemigo de la guerra, por mi ideal pacifista y también por humanidad. Pero aunque soy enemigo de la guerra, y no quisiera hablaros de la guerra, la guerra es una viva realidad, y no podemos dejar de ser consecuentes con esta terrible y cruel realidad. Esta guerra fratricida e inhumana, le ha sido impuesta al pueblo contra su voluntad, y debemos afrontarla con todas sus consecuencias.

Ahora, que las fuerzas progresistas unidas han conquistado el poder por los cauces legales de la democracia, las clases privilegiadas que durante siglos han tenido la hegemonía del poder, no pudiendo conseguirlo por el camino del derecho, tratan de lograrlo por medio de la fuerza y la violencia.

¿Sabéis lo que nos jugamos en esta guerra?. En esta guerra, nos jugamos la República. ¿Y que es la República?. La República, es un régimen de libertad y progreso. En la República, todos los hombres son iguales ante la ley, y le son reconocidos los derechos cívicos al pueblo. Derechos y libertades, que están garantizados por la Constitución, el código sagrado donde reside la soberanía nacional. Ahora bien; si perdemos la guerra, no sólo perderemos la República, sino que también perderemos la libertad, y sin libertad, no seremos un pueblo, sino la sombra de él.

Hoy no hay más que un objetivo; el objetivo de ganar la guerra. La guerra, no se gana sólo en los campos de batalla, sino que

también se gana en la retaguardia. Es necesario producir hasta el máximo para que los hombres que están jugándose la vida en defensa de la libertad, no les falte lo indispensable. Ningún palmo de tierra debe quedar sin cultivar. A partir de esta noche, ningún hombre debe quedar inactivo. Debemos autodisciplinarnos todos. Cada hombre, debe ser consciente y reponsable de sus actos; sólo así, podremos ganar la guerra. Del problema del orden público, ya se encargarán las autoridades.

La guerra civil, es el azote de un pueblo; y parece que el destino del pueblo español, tenga que ser el padecer ese azote. La guerra desata las más bajas pasiones; nubla la razón, aparta a los hombres del camino de la civilización y los retrotrae hacia formas de barbarie primitiva.

Los alacuasenses, no nos hemos visto nunca, en una situación como esta. Nuestro pueblo, se ha caracterizado siempre por su espíritu pacífico y solidario. Nosotros podemos tener diferentes ideologías, e incluso en una cosa tan sagrada como es el arte, pero nunca hemos degenerado en la violencia.

Es verdad que estamos en guerra, pero aunque os parezca una paradoja los alacuasenses podemos vivir en paz; y para vivir en paz, nada mejor que respetarnos unos a los otros.

Desde la antigüedad los hombres han comprendido siempre que la práctica de la justicia, es la base de la armonía social entre los hombres. Ninguna injusticia ha sido nunca necesaria, y ningún crimen ha sido útil en la historia. La mejor forma de servir a la justicia, es practicándola.

No es el odio, el rencor o la venganza, sino el amor, la concordia y la convivencia pacífica, lo que hace grandes a los pueblos.

Son momentos estos que estamos viviendo, de meditación, de reflexión, de serenidad. Yo confío en el buen sentido de todos, pues, sobre cada uno de nosotros pesa una gran responsabilidad.

¡Que cada uno cumpla con su deber!. ¡La historia, ya nos juzgará!.



